

# MEDICINA & HISTORIA

Nº 3 - 2010 - CUARTA ÉPOCA

A portrait of José Mª López Piñero, an elderly man with glasses, resting his chin on his hand. The image is overlaid with a blue tint.

**In Memoriam  
José Mª López Piñero**

# MEDICINA & HISTORIA

Nº 3  
2010  
CUARTA ÉPOCA

**REVISTA DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS DE LAS  
CIENCIAS MÉDICAS**  
Publicación trimestral  
Fundada en 1964

Fundación Uriach 1838  
Centro de Documentación  
de Historia de la Medicina

Polígono Industrial  
Riera de Caldes  
Avda. Camí Reial 51-57  
08184 Palau-solità i  
Plegamans  
(Barcelona-España)  
www.fu1838.org  
fundación-historia@uriach.com

Director:  
Dr. Juan Uriach Marsal

Secretario de Redacción:  
Dr. José Danón Bretós

Soporte Válido con la  
Ref. SVR nº 479  
Dep. legal: B.27541-1963  
ISSN: 0300-8169

© de la edición.  
Fundación Uriach 1838  
Reservados todos los  
derechos.  
El contenido de la presente  
publicación no puede ser  
reproducido, ni transmitido  
por ningún procedimiento  
electrónico o mecánico,  
grabación magnética, ni  
registrado por ningún  
sistema de recuperación de  
información, en ninguna  
forma, ni por algún medio,  
sin la previa autorización  
por escrito del titular de los  
derechos de explotación de  
la misma.

# MEDICINA & HISTORIA



## In Memoriam José Mª López Piñero

**In memoriam.  
José M<sup>a</sup> López  
Piñero.**

Cuando en el año 1970 finalizaba la primera época, o serie, de nuestra revista *Medicina e Historia* iniciada en 1964, y ante su extraordinaria difusión y amplia acogida por parte de los profesionales a quienes iba dirigida, se pensó en la posibilidad de crear, como complemento, una biblioteca temática que facilitara el estudio de una especialidad, la Historia de la Medicina, hasta entonces un tanto alejada de la enseñanza universitaria y solamente presente, en nuestro país, en Madrid, Salamanca y Valencia.

El proyecto iba a partir del cero absoluto, desvinculado de la biblioteca técnica ya existente en unos momentos, hace más de cuarenta años, en el que todavía no era demasiado difícil localizar en las librerías anticuarias, viejas publicaciones de interés a la vez que poder acercar a nuestros lectores, las nuevas corrientes histórico-médicas que, según nuestras noticias, se iban gestando principalmente en Valencia. Una esperanza más ambiciosa nos permitiría colaborar en la conservación de un patrimonio bibliográfico que, sin lugar a dudas, iba desapareciendo de forma inexorable.

En junio de 1971 pusimos la primera piedra a nuestro proyecto al que pretenciosamente desde el primer momento, quisimos llamar "Centro de Documentación de Historia de la Medicina", recordando aquel otro "Centro de Documentación" que nos constaba existía en Valencia. A los pocos días comunicamos nuestro nacimiento a las pocas Facultades de Medicina

de nuestro país, Madrid, Salamanca y Valencia, que desarrollaban la especialidad a las que, ante todo, recabamos ayuda, asesoramiento y colaboración. La respuesta fue unánime y la colaboración, también. Cabe destacar, como hecho insólito para quienes le trataron y dada su pereza epistolar, la rápida respuesta de López Piñero alen-

tándonos espiritual y materialmente, con la promesa de hacernos llegar las antiguas y sucesivas publicaciones de su Departamento.

A las pocas semanas nacía nuestro fondo bibliográfico con las obras más clásicas de José María: "La obra anatómica de Lorenzo Boscasa" (1960), "Orígenes del concepto de neurosis" (1963),

"El atlas anatómico de Crióstomo Martínez" (1964), "De la melancolía a la psicosis maniaco depresiva" (1970), "Medicina, Historia y Sociedad" (1971), "Introducción a la Medicina" (1971), junto con otras escritas en colaboración, como el "Catálogo de la Biblioteca histórico médica de la Facultad de Medicina de Valencia, I, Anato-



Última colaboración de José M<sup>a</sup> López Piñero en *Medicina e Historia*

mía” (1967), “Medicina y Sociedad en la España del siglo XIX” (1964), “La trepanación en España” (1967) y entre otras más, la “Bibliografía histórica sobre la ciencia y la técnica en España” (1968) a la que siguió, más tardíamente, la insustituible “Bibliographia Medica Hispanica” iniciada en 1987 en colaboración con todos “sus muchachos”, como le gustaba decir, con todo su equipo. A partir de entonces, José María recibía con una cierta frecuencia addendas y correcciones nuestras para incluirlas –le decíamos en su segunda edición.

*Medicina e Historia* se enorgullece de haberle tenido entre sus colaboradores. Desde “Los comienzos de la medicina y de la ciencia moderna en España en el último tercio del siglo”, 1968 (XLIII), a la “Historia social, antropología cultural y sociología de la medicina en la enseñanza médica”, 1971 (3); “Peregrín Casanova (1849-1919) y la morfología darwinista”, 1989 (29) hasta, en colaboración con su hija María Luz, “Las plantas medicinales y la descripción de la ‘enfermedad de montaña’ en la Historia”, 2003 (3). Por otra parte, suyo es el capítulo “La enseñanza médica en España desde la baja Edad Media hasta la ley Moyano (1857)”, publicado en el volumen VI de nuestra Colección Histórica de Ciencias de la Salud: “La enseñanza de la medicina en la Universidad española” (1998), y el prólogo que dedicó al “Catálogo de la Biblioteca Histórica de la Fundación Uriach (1493-1950)”, posiblemente el último catálogo “tradicional”, anterior a las ediciones digitalizadas.

Capítulo aparte de nuestras relaciones con José M<sup>a</sup>. López



Fundación Uriach 1838

Piñero concierne a los Premios de Historia de la Medicina instituidos aquel mismo año de 1970 y en el presente en su 41<sup>a</sup> convocatoria. Inicialmente “Premio Biohorm”, hoy Premio Fundación Uriach de Historia de la Medicina, dedicado en sus primeros años a los estudiantes de medicina, más tarde a los médicos españoles y en la actualidad a todos los historiadores de las ciencias de la salud, contó desde el primer momento con la colaboración de José María. En 1971 fue miembro del Jurado que otorgó el II Premio y entre sus sucesivos ganadores los discípulos de López Piñero lo obtuvieron en seis convocatorias. Unos eran estudiantes que sin duda no se vincularían más a la Historia de la Medicina mientras que otros, iban a ser futuros docentes de la especialidad conocidos de todos. La serie comienza por Amparo Estellés Cortés, con “La medicina en las novelas sociales y valencianas de

Blasco Ibáñez”, que en 1970 obtuvo el primer Premio, sigue con Francisco Bolumar Montrull, “Aspectos sociales de la lucha contra la tuberculosis en la Valencia de entreguerras” (II, 1971); Salvador Aliño Pellicer, “Aspecto social del cólera de 1885 en Alcira”, (III, 1972); María José Bágüena Cervellera y Carlos Gener Galbis, “La triquinosis en la España del siglo XIX a través de la obra de Antonio Suárez: De las trichinas y de la trichinosis en España (1877)”, (XIV, 1983); José Luis Fresquet Febrer, “Los orígenes de la farmacoterapia moderna en España (1800-1843)”, (XVI, 1985), y termina con Jorge Navarro, “Los orígenes de las neurociencias en España y el concepto de apoplejía” (XVII, 1986).

La conmemoración del XXV aniversario del entonces “Premio Uriach de Historia de la Medicina” reunió en Barcelona, con la presencia de López Piñero y en un acto único e irrepetible, a todos los que

habían sido miembros de alguno de sus Jurados, la gran familia de los historiadores de historia de la medicina españoles.

Al final de las vacaciones del pasado mes de agosto, ese período estival en el que todo queda aletargado y las noticias no se propagan, tuvimos conocimiento que nuestro *Amigo* nos había dejado. Hoy, desde estas reflexiones del pasado en las que pretendemos enaltecer su gran figura científica y humana, agradecemos la colaboración de algunos de los primeros discípulos, todos no cabrían en estas páginas, que han querido recordar desde *Medicina e Historia*, la trayectoria universitaria del *Maestro*.

Fundación Uriach 1838

**José M<sup>a</sup> López Piñero (1933-2010), fundador de la historia de la medicina y de la ciencia en Valencia. In memoriam.**

La generosa iniciativa, una vez más, de la Fundación Uriach 1838, esta vez para rendir homenaje a la memoria de José María López Piñero a través de las páginas de la revista *Medicina e Historia*, nos permite a quienes somos herederos de la tradición académica que él fundó, aprovechar esta oportunidad para dejar constancia de su obra científica y de la importancia de su labor universitaria. Quienes nos formamos a su lado y hoy seguimos ejerciendo nuestra labor en el escenario académico que él fundó, hemos querido hacer de este número monográfico un reflejo de su infatigable labor docente en la Universidad de Valencia, e invitar a algunos de sus discípulos a valorar los aspectos principales de su obra científica como investigador. Su labor como cabeza de una escuela histórico-médica que arraigó en diversas universidades españolas, su contribución a la historia de la psiquiatría y de la salud pública, su ineludible aportación a la historiografía científica española de los siglos XVI y XVII, su interés por la documentación científica o la paleopatología forman parte, pues, de este sencillo homenaje de reconocimiento a la labor de toda una vida académica. Podíamos haber dedicado también unas páginas a su labor universitaria y cultural durante tantos años como director del Colegio Ma-

yor Luis Vives de la Universidad de Valencia, o quizás a su condición de miembro del privilegiado colectivo de becarios del Colegio San Juan de Ribera o a sus aficiones a la botánica o a la cocina. Algunas de estas facetas de su vocación han sido ya mencionadas en otras publicaciones en su memoria. Las limitaciones de extensión de este número nos han llevado a elegir un enfoque académico y unas contribuciones autorizadas que buscan trazar su perfil como maestro e historiador de la medicina y de la ciencia.

A mediados de los años 1950, poco después de terminar los estudios de medicina con un expediente académico brillante, J.M. López Piñero recibió el encargo de impartir el curso de historia de la medicina en la Facultad de Medicina de Valencia, que entonces formaba parte del plan de estudios de la licenciatura de medicina. Anteriormente la historia de la medicina había ocupado una posición marginal en los estudios de medicina, a veces asociada al doctorado, en otras ocasiones a merced de profesores de otras disciplinas que eran aficionados a la historia y que tenían una vocación humanística. López Piñero entendió desde el primer momento que toda disciplina académica requiere una profesionalización. Como él ha repetido tantas veces, Laín Entralgo se había cruzado en su camino en la Universidad de Verano de Santander y López Piñero descartó otras opciones en el mundo profesional y la medicina, para iniciar una carrera académica en historia de la medicina, un ámbito escasamente institucionalizado y que él, como expone uno de

los artículos de este monográfico, tanto contribuyó a consolidar.

Orientado por su maestro Laín hacia el mundo académico germánico, José María López Piñero trató de imitar el modelo alemán en la estructura y los contenidos docentes, en la metodología didáctica, en el trabajo práctico, en las lecturas y discusiones de seminario, y lo hizo en una etapa de aislamiento y escasa conexión internacional de las universidades españolas.

Quienes fuimos sus alumnos en los años 1970, y los que lo fueron hasta su jubilación, sabemos que su manera de enseñar la historia de la medicina en nada se parecía a la tradicional historia de héroes, hitos y progresos. Su orientación docente, que seguía literalmente los manuales de Edwin H. Ackerknecht en su *Kurze Geschichte der Medizin*, tenía una marcada orientación sociológica, incorporaba una visión antropológica de la salud y la enfermedad, y planteaba un atractivo análisis histórico o genético de las grandes cuestiones y problemas de la medicina actual. Su opción por un acercamiento temático y no cronológico de la historia de la medicina planteaba al estudiante de medicina preguntas y aportaba claves a partir de los grandes temas de la medicina actual, puntos de vista que nadie más le aportaba a lo largo de toda la carrera. Esa es la razón por la que José María López Piñero fue desde el comienzo de sus clases hasta su jubilación en 1997 un profesor popular, controvertido, provocador y atractivo entre los estudiantes. Sus afirmaciones siempre eran tajantes, sus opiniones contundentes,

sus descalificaciones incuestionables. Su personalidad y su radicalidad eran un revulsivo contra el aburrimiento en las aulas.

Siguiendo el modelo de la universidad germánica, a comienzos de los años 1970 López Piñero incluyó en los estudios de medicina una materia introductoria de gran popularidad en el primer año de carrera. Era una versión española de la *Einführung in der Medizin*, o introducción a la medicina, que venía a plantear la dimensión social, cultural e histórica de la ciencia y la práctica médica, comenzando por el propio lenguaje y la importancia de la terminología médica, y acabando por el análisis histórico del especialismo médico o la génesis del hospital moderno y las etapas de constitución de la medicina contemporánea. Quienes tuvimos la fortuna de cursar aquella materia en el primer año de la licenciatura adquirimos una nueva mirada sobre las relaciones entre salud y sociedad, y sobre la posición de los profesionales de la medicina; aprendimos a leer críticamente los textos científicos y, en muchos casos, nos contagiamos de aquella vocación histórica y médico-social. Aquella materia desapareció con el plan de estudios, pero fue reinstaurada dos décadas después. A todo ello hay que añadir una labor pionera en la introducción de la enseñanza y la definición profesional de la documentación médico-científica en las facultades de medicina, eso sí, de la mano de María Luz Terrada, su esposa. Después vino la transición democrática y la reforma del modelo universitario español. Una transición democrática difícil de llevar al terre-



*Instituto de Historia de la Medicina y de la Ciencia López Piñero, Valencia*

no del conocimiento y de las universidades, y en ese contexto José María López Piñero contribuyó a dos aspectos fundamentales. Uno de ellos fue su apuesta por la controvertida alianza entre la historia de la medicina (tradicionalmente encerrada en las facultades de medicina) y la historia de la ciencia, como marco académico integrador. Es bien sabido que las relaciones entre la historia de la medicina y la historia de la ciencia tienen escenarios bien distintos en el marco universitario e investigador europeo. Si aquella puesta no acabó de extenderse en el modelo universitario español, sí que fue el punto de partida al menos de su segunda gran contribución de esos años: la puesta en marcha de un instituto mixto entre la Universidad de Valencia y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas a mediados de los años 1980, dedicado inicialmente a los *estudios documentales e históricos sobre la ciencia*. Tanto el modelo de alianza institucional como el propio con-

tenido de la institución representaban una novedad sin precedentes en la tradición española que, con modificaciones derivadas de la adaptación a los nuevos tiempos, ha pervivido y se ha consolidado hasta dar lugar al actual *Instituto de Historia de la Medicina y de la Ciencia, López Piñero* (Universidad de Valencia-CSIC). Ese instituto no sólo consolidó la relación entre historiadores de la medicina y de la ciencia y documentalistas científicos y abrió posibilidades en el terreno de la investigación; también permitió la incorporación de historiadores de la ciencia ajenos a la tradición histórico-médica, que cultivaban la historia de la química, la física, la biología o las matemáticas. La privilegiada situación generada en aquel contexto, abrió también las puertas a una docencia histórico-científica en titulaciones donde no existía tradición y dio origen a unos estudios de doctorado en historia de la ciencia, que han pervivido hasta la actualidad. La expansión docente ha vivi-

do momentos críticos y ha requerido un esfuerzo inmenso. Pero es cierto que, con el paso del tiempo, el grupo histórico-médico e histórico-científico de la Universidad de Valencia y del CSIC ha podido consolidar ese proyecto embrionario que José María López Piñero ideó y dirigió hasta su jubilación y hoy disponemos de unas magníficas instalaciones en un edificio que es patrimonio histórico en el centro de la ciudad de Valencia, el Palacio de Cerveró, que es algo más que un instituto de investigación: tiene vocación de centro pionero en la difusión social de la ciencia y ha puesto en marcha un máster en historia de la ciencia y comunicación científica de clara vocación interdisciplinar.

El grupo ha crecido recientemente de manera palpable y el área de historia de la ciencia imparte docencia en una docencia de titulaciones, sanitarias, humanísticas y científicas de la Universitat de València. Si hay que reconocerle al presente colectivo valenciano

de historiadores de la medicina y de la ciencia un esfuerzo que muchas veces va más allá del compromiso académico y de lo razonable, sin embargo nada de todo este ilusionante proyecto de futuro habría sido posible sin la fuerza y el impulso de quien fuera su fundador. La reciente desaparición de José María López Piñero nos compromete aún más, si cabe, con el proyecto institucional que él inició.

Josep Lluís Barona  
Universitat de València

Siguen las firmas de los miembros del Departamento de Historia de la Ciencia y Documentación de la Universitat de València y del Instituto de Historia de la Medicina y de la Ciencia, López Piñero (Universitat de València-CSIC): Pilar Aguirre Marco, María José Báguena Cerverella, José Ramón Bertomeu Sánchez, José Antonio Díaz Rojo, José Luis Fresquet Febrer, Ximo Guillem Llobat, Joan Lloret Pastor, Maria Luz López Terrada, Àlvar Martínez Vidal, Joan A. Micó Navarro y Pedro Ruiz Castell.

## José M<sup>a</sup> López Piñero y “La Escuela de Valencia”

El diccionario de la Real Academia Española reseña, entre otras, dos acepciones al término escuela: doctrina, principios o sistema de un autor; conjunto de discípulos, secuaces o imitadores de una persona y sus doctrinas. Teniendo en cuenta que un grupo es una pluralidad de seres o cosas que forman un conjunto, la llamada “Escuela de Valencia”, ¿ha sido y es realmente una escuela o más bien un grupo?. La respuesta no es, a nuestro parecer, unívoca. Intentaremos aclararla partiendo de la personalidad compleja de José María López Piñero, cabeza indiscutible del grupo y su influencia.

### Los orígenes

El perfil psicológico de José María es el de una persona con gran vitalidad, inagotable capacidad de trabajo y entusiasmo profesional. Ese fue el primer fundamento en la configuración de un grupo de trabajo, que ha cambiado con el tiempo hasta transformarse en un referente en la universidad española, al tiempo que él llegó a serlo en la Historia de la Medicina europea. López Piñero llegó a la disciplina de la mano de Pedro Laín Entralgo (1908-2001) y pronto marchó a Alemania y contactó con la tradición de mayor peso y prestigio en Europa; aunque mermada por el exilio de grandes cabezas que habían emigrado a Estados Unidos. Nos admiraba su capacidad de esponja: capaz de asimilar y sintetizar todo lo que le preocupaba. Sus decisiones no eran es-

pontáneas, a pesar de las apariencias, sino fruto de una actitud crítica perfectamente calibrada. En Alemania descubre un mundo en torno a la Historia de Medicina, auténticamente fascinante y pocos como él, en España, llegaron a comprender las claves de ese mundo en la cultura occidental. A su regreso a Valencia se le encargó la docencia en Historia de la Medicina ubicado en un lúgubre, húmedo, maloliente y reducidísimo espacio, en los sótanos de la Facultad de Medicina. Como única dotación su entusiasmo y la fe en su proyecto y la constante y firme colaboración de María Luz Terrada. Su dedicación atrajo inicialmente a jóvenes médicos dispuestos a profesionalizarse, pero las exigencias del proceso y lo incierto del futuro les hizo desistir. Todo cambió con la llegada de Luis García Ballester (1961), quien estaba dispuesto a compartir proyecto y problemas y además venía ya con un rico bagaje intelectual. A pesar de todas las limitaciones, José María supo convencer a no pocos médicos y por citar dos ejemplos, en este periodo se gestaron dos estudios dirigidos por López Piñero: “La asistencia psiquiátrica en la España del siglo XIX” (1966) de Julián Espinosa y la tesis de Roberto Marco “La escuela histórica española anterior a Cajal” (1962). Otra de las grandes aportaciones fue la tesis de García Ballester (1968), *Alma y enfermedad en la obra de Galeno*, inicio de una nueva forma de analizar y entender a obra de Galeno y el galenismo. En estos años, comienza a elaborar un programa de actuaciones en la disciplina y en la formación de

un grupo todavía inexistente; puesto que Luis, lo mismo que Juan Ramón Zaragoza y más tarde José Luis Paset, eran “ayudantes” sin sueldo ni nombramiento alguno.

### Constitución y desarrollo

La década de los sesenta fue fundamental en la formación y consolidación de un grupo: afianzamiento de José María como catedrático; salida del sótano y ubicación de los locales en la primera planta de la Facultad, en el trasero de la *ars medendi* (escultura simbólica que corona la puerta principal del edificio); el despacho de José María ocupaba exactamente las nalgas de la matrona, pero ¡había luz natural!; y celebración en Valencia del III Congreso Nacio-

nal de Historia de la Medicina (1969). Cada uno de esos acontecimientos tuvo un valor especial: la consolidación de López Piñero supuso un reforzamiento de la disciplina y la posibilidad de dotación, antes impensable, de plazas de adjunto y ayudante con lo cual se estabilizaba la posición de García Ballester, que muy pronto pasaría a ocupar el puesto de agregado (1971), y de uno de nosotros. El éxito del III Congreso puso en evidencia el prestigio y la consideración que en la Universidad de Valencia se tenía a José María. Y en lo referente al alumnado, su reputación era tal que, el acto institucional que celebraba oficialmente su lección de cátedra, fue tan multitudinario, que el Decano Prof. Carbonell Antolí tuvo que afirmar: “jamás he vis-



José M<sup>a</sup> López Piñero en el primer número de la revista de los estudiantes de Medicina de Valencia



to este salón de actos tan lleno de alumnos”.

A partir de los setenta, se inicia una nueva etapa: es cuando se hace explícita su función de maestro. Primero Pedro Marset y Elvira Ramos, todavía compaginando otras actividades sanitarias; simultáneamente nosotros, pero ya con un decidido propósito de profesionalización en Historia de la Medicina; poco tiempo después Francesc Casas y más tarde Guillermo Olagüe y Francesc Bujosa. Por entonces, se incorporan dos notables científicos que comenzaban a demostrar su finura y capacidad como historiadores de la ciencia: Eugenio Portela (química) y Victor Navarro (física y matemáticas). El número era importante y requería ya un plan de formación que José María y Luis diseñaron con esme-

ro: lecturas “obligatorias” de fuentes (Valles, Sydenham, Haller, Boerhaave y un largo etc.) seminarios de revisión y crítica bibliográfica; sesiones para debatir trabajos de investigación, incluso trabajo manual para el mantenimiento del fondo documental. Es en estas actividades cuando José María hizo explícitos, entre nosotros, los supuestos de su forma de entender la disciplina tanto en su vertiente docente como en la metodología de la investigación. Pero antes de exponer los supuestos, que marcaron un denominador común en el “grupo de Valencia” y lo transformó en “escuela”, es necesario precisar que eran el resultado de un proceso de crítica y reflexión. Los exponía con entusiasmo y en ocasiones vehemencia; pero con esquisito cuidado de no caer en

el dogmatismo y que no fuesen un elemento de presión. López Piñero fue un médico vocacional. Destacaba que en la polémica mantenida entre Sarton (1884-1956) y Sigerist (1891-1957), este último había puesto en evidencia que, nuestra disciplina, no es un vertiente en absoluto de la historia de la ciencia, aunque tenga amplias intersecciones con ella, ya que los saberes médicos son solo uno de los temas del estudio histórico-social de la medicina. En este sentido pensaba que la disciplina debería cumplir una doble función: en la formación del médico y en el ofrecimiento al clínico y al investigador de instrumentos útiles en su actividad profesional. En la primera vertiente defendía una Historia de la Medicina que sirviera, al estudiante ya conocedor de los aspectos más generales de la Medicina, para aclarar conceptos, términos y pautas de comportamiento, que siendo actuales son el resultado de un proceso histórico: de ahí su defensa de un programa temático. Pero al mismo tiempo, la medicina, como sistema social y cultural, no puede desgajarse de los mismos y por lo tanto requiere su contextualización. Preocupado por la formación del estudiante, y gracias a un grupo de profesores interesados en la función “propedéutica” que podía cumplir nuestra disciplina, José María y también Luis, se ocuparon de que, en la Facultad de Valencia, se hiciera realidad un curso en primero de *Introducción a la Medicina*; incluso publicaron un pequeño texto-guía en 1971 al estilo de la *Einführung in die Medizin*, de Sigerist. Pocos años después elaboró un ambicioso programa para el *curricu-*

*lum* médico, basado en el papel de las ciencias sociales, siguiendo las conclusiones de un seminario organizado por la O.M.S. en 1969: “Hacia una ciencia sociomédica” (*Medicina Española*, 65, 13-22, 1971); que fue su discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina de Valencia.

Siempre pensó que la Historia de la Medicina, por su naturaleza jánica, era la única capaz de predecir problemas y hacer propuestas de solución. El análisis del “problema de la información en medicina”, tanto en sus aspectos comunes a la ciencia, como en la vertiente estrictamente médica (documentación clínica); como la posible pertinencia del camino seguido por la bibliometría y el análisis semántico-documental en una renovación del método histórico, le condujeron, desde el primer periodo, a ocuparse de estos temas. Fundó el *Índice Médico Español* (1965), repertorio de bibliografía médica que cumplía un doble objetivo: mantener informado al médico español, e integrar en ese cuerpo la productividad historicomédica, con lo que la convertía en un elemento más de la medicina española viva. El *Índice Médico Español*, se consolida plenamente desde que la Profra Mari Luz Terrada se responsabiliza del mismo y se inicia el proceso de institucionalización de lo que acabará siendo “Centro de Documentación”. En los aspectos peculiares de la medicina, fue el artífice en la constitución en el Hospital Clínico del “Archivo Central de Historias Clínicas”, con el apoyo de Eduardo Agustí, médico con una gran experiencia en la organización asistencial y posteriormen-



te con el Prof. Rafael Peris y las personas que se fueron incorporando como documentalistas.

Con motivo de un seminario en el que se debatía el contenido de un libro coordinado por Clarke (1971), *Modern methods in the History of Medicine*, se planteó un debate en profundidad sobre ciertos problemas epistemológicos que nos permitió entender con claridad los supuestos historiográfico-médicos de José María. Como ya hemos dicho, en su formación la tradición alemana tiene una importancia singular, pero muy especialmente Henry E. Sigerist, tanto en su obra de la etapa en el Instituto de Leipzig como sucesor de Sudhoff como en su estancia en Estados Unidos, a partir de 1932, al frente del Instituto de Baltimore. La comunicación que presentó Sigerist al Congreso Internacional de Historia de la Medicina, celebrado en Madrid en 1935: "La historia de la medicina y la sociología médica", fue una sistematización de sus puntos de vista. Pedro Laín, lo hizo también en *Medicina e Historia* (1941), que mereció un amplio comentario de Werner Leibbrand (1896-1974). Todo ello significó para López Piñero que la historiografía médica había llegado a su plenitud. A partir de los planteamientos de Puschmann, se desarrollaron rigurosos métodos de investigación específicos y se incorporaron las diferentes corrientes. Por otra parte su idea de una historia social de la medicina, se ve reforzada por la amistad con Joan Reglà (1917-1973), cabeza del mejor grupo de historiadores existente entonces en las universidades españolas, que le introdujo en los en-

foques y métodos de trabajo de la *histoire intégrale*.

Como puede verse, unos momentos apasionantes porque era imposible estar al lado de José María sin participar de su entusiasmo y pasión intelectual. ¿Era eso una escuela? Sin duda. Prueba de ello fue que al iniciarse la diáspora de esa primera generación, en los nuevos centros se intenta reproducir el "modelo de Valencia", adaptado a las exigencias del lugar: primero Luís García Ballester en Granada (1971), con la estimable colaboración de Juan Luis Carrillo y posteriormente Guillermo Olagüe, venido directamente de Valencia; en 1975 con la llegada de Pedro Marsset y Elvira Ramos a la Universidad de Murcia; nuestra instalación en 1976 en la Universidad de Zaragoza y después de Francesc Bujosa, tras nuestra marcha a la Universidad de Alicante en 1982. Todos estos nuevos grupos tienen algo en común: una forma de "estar en" y entender la Historia de la Medicina.

## Epílogo

La dispersión del grupo inicial hizo que el núcleo de Valencia fuera ocupado por una nueva generación consciente y decidida en su vocación historicomédica. Pero además, José María vio realizarse una de sus aspiraciones: un grupo interdisciplinar capaz de llevar a buen fin "el proyecto integrador" de una "historia social de la medicina". Pero la situación internacional había cambiado y de hecho se inicia un proceso de crisis. Ya en 1976, José María, anunció el peligro (Historia de la ciencia e historia. En: *Once ensayos sobre la historia*,

Madrid, Rioduero, pp.143-157) y vuelve a insistir en 1992 (Las etapas iniciales de la historiografía de la ciencia, *ARBOR*, junio-agosto, pp.21-67); pero en el 2001, denuncia con contundencia, con la vehemencia que él solía utilizar cuando le importaba algo; en un artículo recordando a Luís García Ballester, la crisis de la Historia de la Medicina. Estas son sus propias palabras:

"La historiografía médica estaba entonces [cuando él se formó] en un periodo de auténtico esplendor. Sólidamente institucionalizada, contaba con centenares de centros y miles de profesionales especializados que trabajaban en ambiciosos programas de investigación e impartían una o varias asignaturas obligatorias en casi toda Europa, los Estados Unidos y otros países de América y Asia. A partir de los planteamientos de Puschmann, había desarrollado rigurosos métodos de investigación específicos e incorporado con gran altura las diferentes corrientes médicas, científicas e intelectuales distanciándose por completo del positivismo vulgar desde el punto de vista epistemológico, antropológico y sociológico. Esta trayectoria había culminado con los lúcidos programas renovadores de H. E. Sigerist y P. Diepgen, que durante aquellos años estaban poniendo brillantemente en práctica sus discípulos y seguidores de la generación siguiente. Uno de los aspectos destacados por Sigerist había sido la peculiaridad de nuestra disciplina. En la actual etapa de desmantelamiento institucional de la historiografía médica todo ello parece olvidado por mera ignorancia y

por las granujerías de los que pretenden "estar a la última" sin esfuerzo alguno, convirtiéndose en picaflores de las modas de turno encabezadas por turbios mandarines culturales (Luís García Ballester (1936-2000), *in memoriam*, *DYNAMIS*, pp.437-446).

Él, que no era partidario de dar consejo aunque se le pidiera, sí lo hacía cuando expresaba el papel de la Historia de la Medicina. Recordando al maestro Laín decía: "la medicina, en nuestra disciplina, debe ser sustantivo y no adjetivo, porque el día que olvide al médico, dejará de tener sentido en una Facultad de Medicina"; y eso es lo que estaba ocurriendo en Europa y Estados Unidos. Esta es la leyenda de la "escuela de Valencia" y de las generaciones posteriores, continuadores, eso sí, actualizando su mensaje, a las nuevas realidades.

Emilio Balaguer y

Rosa Ballester

Universitat "Miguel Hernandez", Elx.

## José M<sup>a</sup> López Piñero y la Paleopatología

En 1967 inicié mi colaboración con el Museo Arqueológico de Barcelona<sup>1</sup>, comenzando por estudiar antropología física, asignatura ausente en las facultades de medicina y poco después examiné un cráneo patológico de la cultura megalítica, que dio lugar a mi dedicación a la paleopatología. Fue una coincidencia que en Abril de 1967, en que tuvo lugar en Madrid el “III Congreso Europeo de Neurocirugía”, se obsequiara a los asistentes con el libro “La trepanación en España”, dirigido por el Prof. José M. López Piñero. Por razones personales, no pude asistir al congreso y no recibí el libro hasta principios de 1978, no me sorprendió el capítulo sobre la trepanación prehistórica, pero fue mi primera referencia escrita, sobre este tema.

En 1971, Josep Danón me presentó a José M. López Piñero, Catedrático de Historia de la Medicina de la Facultad de Medicina de Valencia, que tras la breve charla que sostuvimos, le sorprendió que me hubiese desplazado a Valencia en 1969, para examinar los cráneos prehistóricos depositados en el antiguo Museo del Servicio de Investigación Prehistórica (S.I.P.), que habían sido exhumados en la Cueva de la Pastora de Alcoy, y que también visitase el Museo de Alcoy, para examinar otros cráneos, recopilando entre ambos, más de una veintena de casos paleopatológicos y más le sorprendió, que estuviese realizando una tesis doctoral sobre paleopatología del cráneo, considerando interesante que al-

guien se interesase por una especialidad, en aquella época, inexistente en España, ya que sobre este tema, tan sólo se había escrito alguna nota, generalmente en alguna revista arqueológica y que en general, sólo versaban sobre la trepanación prehistórica. Su carácter afable y el interés que mostró por mi trabajo, dio lugar a que poco tiempo después me desplazara a Valencia, en donde conocí a su esposa Mari Luz, que también era médica, y a sus cinco hijas, agradeciendo su trato familiar y llano que desde el primer día me mostraron, naciendo una gran amistad. Durante casi dos décadas con frecuencia fui a la Capital del Túrria.

En poco tiempo, pude constatar su gran erudición, sorprendiéndome sus amplios conocimientos, que no se limitaban a la historia de la medicina, en la que era un experto y una primera figura mundial, sino por la amplia y variada temática que dominaba, en la que se constataban unos amplios y profundos conocimientos y como

los grandes investigadores, se expresaba con sencillez y sin boato. Personalmente me sorprendió su polilingüismo, dominaba el alemán, incluyendo el alemán gótico, el francés y el inglés y tenía amplios conocimientos de latín y griego. También dominaba temas totalmente ajenos a la medicina, entre los que destacaban sus amplios conocimientos de botánica y náutica, Personalmente no había investigado paleopatología, pero tenía unos amplios conocimientos sobre el tema y su problemática.

Recuerdo, que mi director de tesis, una persona amable y un buen anatómico, me dio la impresión de que nunca se leyó los borradores que le remití, considerándolos sin hacer comentarios correctos, circunstancia que me obligó a convertirme en un autodidacta, pues muy pocos fueron los libros y trabajos que pude consultar y debo agradecer las atinadas sugerencias que José María hizo respecto a mi tesis, la cual leí en 1975, publicándola ampliada con estudios posteriores en 1977,

que él me honró escribiendo el prólogo. Asimismo, poco después me sugirió y estimuló para que escribiese un libro general de paleopatología, que simplemente fue un pequeño tratado de divulgación, ya que como neurocirujano dominaba la patología craneal, pero para la del resto del organismo aun me faltaba experiencia, ya que la paleopatología es una especialidad que presenta profundas diferencias con la clínica médica, que requiere tiempo para asumirla y seguí sus consejos y él también lo prologó (1981). Lamentablemente, esta obra que fue bien acogida tuvo poca difusión, pues un incendio en el almacén de la editorial, destruyó dos terceras partes de la edición.

Mis desplazamientos a Valencia siguieron siendo frecuentes y nuestra amistad se hizo más profunda y dio lugar a que impartiera algunas lecciones, conferencias y cursos sobre paleopatología en las décadas de los setenta-ochoenta. Posteriormente seguimos en contacto y él, siempre estuvo al corriente



De izquierda a derecha: Francesc Bujosa, Domènec Campillo, José M<sup>a</sup> López Piñero



A María Luz, naturalmente

de mi labor paleopatológica. Indudablemente también influyó en que los historiadores de la medicina se interesasen por esta especialidad histórico-médica y esta difusión dio lugar a que algunos médicos (pocos), biólogos y en su mayoría arqueólogos, se interesasen por esta especialidad. En 1971 se había inaugurado el Laboratorio de Paleopatología y Paleoantropología, del que aun soy el responsable y afortunadamente, en los estudios paleopatológicos dispuse de la colaboración de radiólogos clínicos, que colaboraron desinteresadamente, y el MAC, que disponía de un Laboratorio de Restauración de alta calidad, permitió que se pudieran realizar algunas reproducciones de piezas patológicas prehistóricas de interés, circunstancia que permitió aportar algunas al Museo de Historia de la Medicina, que López Piñero había instaurado en la antigua Facultad de Medicina de Valencia, en cuyas vitrinas se depositaron reproducciones y radiografías de algunas de las lesiones paleopatológicas

estudiadas, en que la mayoría de casos procedían de Valencia. En el año 1988, López Piñero dirigió la publicación del libro "Historia de la Medicina Valenciana", encargándome de la redacción del capítulo dedicado a la prehistoria de Valencia, que naturalmente versaba sobre paleopatología. Dicho año, lamentablemente para mí fue problemático, debido al ambiente deteriorado, que por razones no docentes, tuvo lugar en el Departamento de Prehistoria de la Universidad Autónoma de Barcelona, en la que yo impartía clases de Paleoantropología desde 1972, tal circunstancia dio lugar a que algunos profesores cambiaran de universidad e hizo, que yo solicitase un cambio de área, para así poder pasar a Historia de la Medicina, razón por la que solicité mi petición de traslado al "Consejo de Universidades" que radica en Madrid. La respuesta fue negativa, pues la valoración que hizo el "Consejo", consideró que mi currículo paleopatológico no era adecuado. Ante la negativa,

siendo miembro de la Sociedad de Española de Historia de la Medicina, decidí solicitar el apoyo de la misma, que afortunadamente aquel año su Congreso tuvo lugar en Alicante y José María, redactó un amplio escrito que firmaron la totalidad de los asistentes, y como era de ley, recurrió la negativa del "Consejo" que rectificó, reconociendo su desconocimiento de la importancia de la paleopatología como entidad histórica, que ellos habían considerado simplemente "un prólogo" de la historia de la medicina. Según mi parecer, creo que es muy importante destacar la gran cantidad de trabajos históricos publicados por José M. y el impulso que dio a las publicaciones que emanaban de su cátedra, entre los que debe destacarse la colección, "Cuadernos Valencianos de Historia de la Medicina y de la Ciencia", que incluían una temática muy variada. Consulté algunas de estas publicaciones, pero sobre todo el "Diccionario histórico de la ciencia moderna en España" y un librito, a mi parecer muy

importante, que publicó conjuntamente con su esposa, la Dra. M.L. Terrada Ferrandis, "Introducción a la terminología médica", que sintetiza la problemática que afecta a la literatura médica, por su prolija terminología, que aporta constantemente neologismos. En paleopatología abundan los neologismos i en ocasiones es difícil transcribir la descripción de las lesiones paleopatológicas, para en su similitud, poderlas relacionar con la terminología clínica. Recientemente leí la última biografía que publicó, que versaba sobre "Santiago Ramón y Cajal" (2006), que considero que es un libro excepcional, tanto desde el punto de vista literario, como por sus observaciones críticas y por sus notas bibliográficas. No quiero pasar por alto, que José M<sup>a</sup> gozó de la gran ayuda de su esposa aportó, pues es una investigadora nata, experta en informática, que siempre colaboró con él, como consta en numerosos trabajos. Finalizo esta pequeña aportación a la memoria de José M. López Piñero, lamentando la pérdida del amigo, con quien siempre estuve en deuda, y afirmando que es una gran pérdida para el mundo científico, aunque afortunadamente hizo escuela, con grandes aportaciones científicas que nunca quedarán en el olvido.

Domènec Campillo  
Laboratorio de Paleopatología  
Museu Arqueologia de Catalunya

## López Piñero y la Historia de la Psiquiatría

La fructífera e inagotable capacidad de trabajo e inteligencia de José María López Piñero abarcó todos los temas de la historia de la medicina y de la ciencia tanto universal como española, y dentro de ella la valenciana y, cómo no, la murciana, la de su patria chica. De la misma forma se extendió por el conjunto de las disciplinas médicas así como sus relaciones e influencias con el marco social, intelectual, filosófico, cultural y político de cada etapa histórica. El inicio de su producción científica arranca con su tesis doctoral en 1963 sobre los “Orígenes históricos del concepto de neurosis”<sup>1</sup>, verdadera genealogía de los contenidos que el término «neurosis» va adquiriendo a lo largo de los siglos. El interés intelectual por la neurosis está enmarcado en el ambiente estimulante que el brillante profesor Román Alberca difundió por esos años desde su cátedra de psiquiatría de Valencia, también murciano eminente, aunque es fruto de la orientación de su maestro Pedro Laín Entralgo, médico psiquiatra que fue del Manicomio de Valencia. A esto hay que añadir la influencia de otro de sus maestros, Erwin H. Ackerknecht, con su bien expuesta “Breve Historia de la Psiquiatría” de 1957<sup>2</sup>. A partir de este inicio importante con la historia de la psiquiatría su labor científica se centra más en la historia de la medicina y de la ciencia españolas, sin dejar los temas universales. Sin embargo por su personalidad y gran capacidad de trabajo diferentes profesores de la Facultad de Me-

dicina así como médicos de Valencia acudieron para colaborar con él. De entre ellos una gran parte eran psiquiatras, con lo que se facilitó la continuidad en la investigación en historia de la psiquiatría. Hay que destacar en este sentido la colaboración que se establece con una persona entrañable por muchas razones como fue el historiador de la psiquiatría y psiquiatra Vicente Peset Llorca<sup>3</sup>, hijo del Rector valenciano asesinado por Franco al acabar la guerra civil. En este sentido se enmarca así mismo la colaboración fructífera con los componentes de la cátedra de psiquiatría de Román Alberca (fallecido en 1966), Demetrio Barcia, José María Morales Meseguer, Enrique Amat, Julián Espinosa, Pedro Maset, etc., que se traduce en sucesivas e interesantes aportaciones a los diferentes congresos de la disciplina de Historia de la Medicina, desde el primero en 1963. A partir de su tesis doctoral dirige un conjunto de tesis y tesinas que señalan su interés por la historia de la psiquiatría tanto en el ámbito internacional como en el nacional y local. De esta forma nos encontramos con la tesis de Julián Espinosa “La asistencia psiquiátrica en la España del siglo XIX”, de 1965<sup>4</sup>, lúcido y crítico análisis de la situación de la psiquiatría en la España decimonónica que en parte se arrastraba todavía en la segunda mitad del siglo XX. La siguiente tesis centrada en temas psiquiátricos es también de envergadura, la realizada por Luís García Ballester sobre el tema “Alma y enfermedad en Galeno”<sup>5</sup>, de 1968, en donde de forma magistral es capaz de seguir el rastro a los condicionantes que el so-

maticismo galénico le imprime a la interpretación de las dimensiones espirituales de la conducta humana. Al año siguiente se defiende la tesis de licenciatura realizada por el profesor Emilio Balaguer sobre “Las ideas psiquiátricas en la Valencia del siglo XIX”<sup>6</sup>, acopio de material sobre el tema en una Valencia que se incorpora al esfuerzo nacional por superar las deficiencias del pasado en tantas materias, en este caso en el campo de la psiquiatría y que explica en parte las figuras psiquiátricas valencianas prominentes del comienzo del siglo XX. Entre los años de 1970 y 1971 se incorporan un conjunto de trabajos dirigidos por López Piñero de gran interés. Por una parte está el libro publicado conjuntamente con el psiquiatra y amigo íntimo, José María Morales Meseguer, que será más tarde el primer catedrático de Psicología Médica de España, sobre “Neurosis y Psicoterapia. Un estudio histórico”<sup>7</sup>, en donde se completa con el análisis de la obra de Freud su tesis sobre los orígenes del concepto de neurosis. En 1971 está la tesis de Pedro Maset “La obra psiquiátrica de Pinel”<sup>8</sup>, otra vez analizando temas universales con la obra de iniciador de la psiquiatría científica en plena Revolución Francesa; así mismo la de Alfonso Calvé Pérez, “El Manicomio de Valencia en la primera mitad del siglo XIX”<sup>9</sup>, y la de Francisco Micó Catalán, “Historia de la legislación psiquiátrica militar en España”<sup>10</sup>, con temas locales y nacionales. Hay que destacar que la obra “Neurosis y psicoterapia” tiene trascendencia incluso más allá de nuestras fronteras al adentrarse con rigurosidad y exigencia metodológica a un

tema difícil como es el de los orígenes del psicoanálisis. En España, aun bajo el dominio de la dictadura franquista también tiene trascendencia este trabajo a causa del hecho de que esta disciplina había sido minusvalorada tanto por la psiquiatría oficial venedora en la guerra civil y que aún hacía sentir su hegemonía a través de figuras como López Ibor y anteriormente Vallejo Nágera, como por la cultura igualmente oficial que emanaba ya desde los pulpitos o desde los núcleos oficiales<sup>11</sup>. Desvelar la aventura intelectual que conduce a la creación del psicoanálisis por Freud supone aceptar la lógica científica subyacente al mismo y por la tanto neutralizar los intentos de desprestigiarlo.

<sup>1</sup> Tesis publicada como: “Orígenes históricos del concepto de neurosis” en 1985 en Madrid por Alianza Editorial

<sup>2</sup> Ackerknecht, E.H. Breve historia de la psiquiatría. Buenos Aires, Eudeba, 1962

<sup>3</sup> López Piñero, J.M. Vicente Peset Llorca, historiador de la psiquiatría. La Locura y sus instituciones. Actas de las II Jornadas de Historia de la Psiquiatría. Valencia, Diputación de Valencia, 1997.

<sup>4</sup> Espinosa, J. La asistencia psiquiátrica en la España del siglo XIX. Valencia, Tesis Doctoral, 1965

<sup>5</sup> García Ballester, L. Alma y Enfermedad en Galeno. Traducción y comentario del escrito “Quod animi mores corporis temperamenta sequantur. Valencia, Tesis doctoral, 1968.

<sup>6</sup> Balaguer Perigüell, E. Las ideas psiquiátricas en la Valencia del siglo XIX. Valencia, Tesis de Licenciatura, 1969.

<sup>7</sup> López Piñero, J.M. y Morales Meseguer, J.M. Neurosis y psicoterapia. Un estudio histórico. Barcelona, Espasa-Calpe, 1970.

<sup>8</sup> Maset Campos, P. La obra psiquiátrica de Pinel. Valencia, Tesis de Doctorado, 1971

<sup>9</sup> Calvé Pérez, A. El Manicomio de Valencia en la primera mitad del siglo XIX. Valencia, Tesis doctorado, 1971

<sup>10</sup> Micó Catalán, F. Historia de la legislación psiquiátrica militar en España. Valencia, Tesis de Doctorado, 1971

<sup>11</sup> Carles, F., Muñoz, I., Llor, C y Maset, P. Psicoanálisis en España (1893-1968). Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2000.



En la misma dirección se pueden considerar las tesis y tesinas dirigidas desde estos años setenta hasta el final de su labor docente. De esta forma están en la década de los setenta las tesis de Guillermo Olagüe en 1972 sobre el “Análisis estadístico de la literatura sobre epilepsia antes de 1900”<sup>12</sup> (Tesina), la de Elvira Arquiola en 1973 sobre “La lesión anatómica como fundamento de la neurología médica”<sup>13</sup>, la de Francesc Bujosa en 1976 sobre “Los orígenes del concepto de afasia”<sup>14</sup> y la de José Luis Barona Vilar en 1979 sobre “Los libros españoles de psiquiatría (1901-1930). Un estudio bibliométrico”<sup>15</sup> (tesina). En la década de los ochenta nos encontramos con tres tesis de licenciatura dirigidas por José María López Piñero sobre historia de la psiquiatría, la de Lorenzo Livianos Aldana “Análisis de las referencias de la obra de F.J. Gall “Sur les fonctions du cerveau”<sup>16</sup>, en 1981, la de Conxa Ciscar Vilata, “Estudio de los ingresos del departamento de locos del Hospital General de Valencia en el siglo XVIII”<sup>17</sup>, en 1983, ésta codirigida con Julián Espinosa y en 1985 la de Gabriel Rubio Valladolid “La neuropsiquiatría en el Tratado de calenturas de Hipócrates, de Andrés Piquer”<sup>18</sup>. De esta misma dé-

cada son tres tesis doctorales de trascendencia por su temática. La de Antonio Manuel Rey González “La introducción del moderno saber psiquiátrico en la España del siglo XIX”<sup>19</sup> en 1981, la de Enric Jordá Moscardó, de 1984, sobre “La producción, el consumo y las noticias en la literatura neuropsiquiátrica dentro del periodo franquista”<sup>20</sup> y la de Jorge Navarro Pérez, de 1986 sobre “Los orígenes de las neurociencias en España”<sup>21</sup>. En la práctica alrededor de Antonio Rey y los otros psiquiatras se configura un grupo de gran pujanza en estudios sobre historia de la psiquiatría con el aliento del propio López Piñero. En esta década colabora José María con la publicación en 1987 dedicada a “Estudios históricos sobre la psiquiatría valenciana” con Vicente Peset Llorca y Joan A. Micó Navarro<sup>22</sup>. Por último tenemos en la década de los noventa por una parte la última tesina dirigida por López Piñero sobre estos temas, el “Estudio bibliométrico e histórico sobre el concepto de esquizofrenia en la producción internacional circulante” realizada por Fernando Dualde Beltrán en 1996<sup>23</sup> y la tesis de doctorado de María del Carmen Soler Sanz defendida en 1998 “Los estudios psicológicos sobre los enfermos con tumo-

res (1952-1981). Inventario, bibliometría y análisis semántico-documental”<sup>24</sup>. Hay toda una vertiente de la obra científica de José María López Piñero de evidente interés para la historia de la psiquiatría española, la que deriva de sus estudios sobre la escuela histológica española. La impronta que supuso las obras de Cajal<sup>25</sup> y Pío del Río Hortega<sup>26</sup> para la psiquiatría española fue de trascendencia, tanto en sus consecuencias positivas de rigor científico a la hora de analizar el sustrato material de las enfermedades mentales, como por ejemplo fue la trayectoria de Gonzalo Rodríguez Lafora y de sus discípulos, como también en sus consecuencias limitadoras al instaurarse a veces un cierto reduccionismo organicista a la hora de interpretar la psiquiatría y en general toda conducta humana. Estos estudios se inician con otra tesis dirigida por José María López Piñero de evidente interés, la de Roberto Marco Cuellar sobre la escuela histológica española anterior a Cajal, de 1966<sup>27</sup>. A partir de su jubilación como profesor despliega una actividad productiva aún mayor y, entre otras materias, se dedica en el campo de la psiquiatría a la tarea de plena divulgación y de estudio de otros aspectos de interés. De esta forma aparecen en revistas tanto las que habían anteriormente albergado sus contribuciones como en otras nuevas, de forma regular aportaciones condensadas sobre diferentes temas histórico-médicos entre los que los de psiquiátricos ocupan un lugar destacado. De esta forma tenemos *Investigación y Ciencia*, *Historia* 16, *La Aventura de la Historia*, *Anthropos*,

*Debats*, *Arbor*, *Afers*, *Mente y Cerebro*. Una última contribución se produjo en 2009 cuando colaboró con los actos organizados por el Ayuntamiento de Valencia del *Sexto Centenario del Hospital dels Ignoscents, Folls e Orats. El primer psiquiátrico de Europa Occidental*.

Pedro Maset Campos  
Universidad de Murcia

<sup>12</sup> Olagüe Ros, G. Análisis estadístico de la literatura sobre epilepsia antes de 1900. Valencia, Tesis de Licenciatura, 1972  
<sup>13</sup> Arquiola, E. La lesión anatómica como fundamento de la neurología médica. Valencia, Tesis de Doctorado, 1973.  
<sup>14</sup> Bujosa Homs, F. Los orígenes del concepto de afasia. Valencia, Tesis de Licenciatura, 1976.  
<sup>15</sup> Barona Villar, J.L. Los libros españoles de psiquiatría (1901-1930). Valencia, Tesis de Licenciatura, 1979.  
<sup>16</sup> Livianos, L. Análisis de las referencias de la obra de F.J. Gall “Sur les fonctions du cerveau”. Valencia, Tesis de Licenciatura, 1981.  
<sup>17</sup> Ciscar Vilata, C. Estudio de los ingresos del departamento de locos del Hospital General de Valencia en el siglo XVIII. Valencia, Tesis de Licenciatura, 1983.  
<sup>18</sup> Rubio Valladolid, G. La neuropsiquiatría en el Tratado de Calenturas de Hipócrates de Andrés Piquer. Valencia, Tesis de Licenciatura, 1985.  
<sup>19</sup> Rey, A. La introducción del moderno saber psiquiátrico en la España del siglo XIX. Valencia, Tesis de Doctorado, 1981  
<sup>20</sup> Jordá, E. La producción, el consumo y las noticias en la literatura neuropsiquiátrica dentro del periodo franquista. Valencia, Tesis de Doctorado, 1984.  
<sup>21</sup> Navarro, J. Los orígenes de las neurociencias en España. Valencia, Tesis de Doctorado, 1986.  
<sup>22</sup> Peset Llorca, V.; Micó Navarro, J.A. y López Piñero, J.M. Estudios históricos sobre la psiquiatría valenciana. Valencia, Ed. Alfons el Magn., 1987.  
<sup>23</sup> Dualde, F. Estudio bibliométrico e histórico sobre el concepto de esquizofrenia en la producción internacional circulante. Valencia, Tesis de Licenciatura, 1996.  
<sup>24</sup> Soler Sanz, M.C. Los estudios psicológicos sobre los enfermos con tumores (1952-1981). Valencia, Tesis de Doctorado, 1998.  
<sup>25</sup> Ramón y Cajal. Barcelona, Salvat, 1985; Pío del Río Hortega.  
<sup>26</sup> Pío del Río Hortega. Con J.M. Sánchez Ron. Madrid, Fund. Bco Ext. 1990.  
<sup>27</sup> Marco, R. La morfología microscópica normal y patológica en la medicina española del siglo XIX anterior a Cajal. Valencia, Tesis Doctorado, 1966.

## Los estudios sobre Salud Pública

El acercamiento de López Piñero a la historia de la salud pública ha sido una constante en su producción científica. Como él mismo manifestó en varias ocasiones fueron sus maestros en estas tareas Pedro Laín y dos brillantes discípulos de Henry Sigerist, el americano George Rosen (1910-1977) y el alemán Erwin Heinz Ackercknecht (1906-1988), que desarrollaron ambos una dilatada carrera científica en los Estados Unidos. Influído por *History and Geography of the most important diseases*, de Ackercknecht (1965), por ejemplo, López Piñero elaboró a finales de los 60, en colaboración con Luís García Ballester un texto centrado en la historia española que, por prurito intelectual, como manifestó alguna vez, no publicaron, pero que circuló ampliamente entre sus discípulos interesados por el pasado de las enfermedades en nuestro país. Los estudios de Rosen sobre la influencia del cameralismo en el desarrollo de la salud pública europea de la Ilustración, le permitieron situar en el Renacimiento y en el movimiento *novator* de finales del siglo XVII, su origen en nuestro país.

Salvo algunos trabajos concretos, López Piñero pretendió en sus acercamientos a la historia de la salud pública aproximar las grandes figuras y los principales problemas sociosanitarios de nuestro país a los interesados en nuestro pasado histórico médico, especialmente de la España del Renacimiento, a la que dedicó una espléndida monografía, *Ciencia y Técnica en la España de los siglos*

XVI y XVII (Barcelona, 1979), y la del siglo XIX<sup>1</sup>. El formato escogido en buena parte de sus estudios fue redactar amplias introducciones que contextualizaban adecuadamente ediciones facsimilares de obras de autores españoles clásicos en esta especialidad. Son, pues, trabajos de síntesis dirigidos a un público culto y a especialistas de la salud pública y de la historia de la medicina.

Uno de los primeros acercamientos de López Piñero a esta problemática fue el capítulo que dedicó en 1964 a las opiniones de los médicos acerca del proletariado industrial entre 1833 y la Restauración, analizadas desde los supuestos de la historia social de la medicina. El texto se incluyó en una monografía editada por la *Sociedad de Estudios y Publicaciones* y contó, además, con la participación de Luis García Ballester y Pilar Faus Sevilla<sup>2</sup>.

La conmemoración del centenario de la vacunación anticolérica de Jaime Ferrán fue un excelente motivo para que la *Conselleria de Sanitat i Consum* valenciana pusiera en marcha una colección de textos de interés histórico médico (Serie B. *Clàssics*). Además de la edición facsimilar de *La inoculación preventiva contra el cólera morbo asiático por J. Ferrán, con la colaboración de los Dres. Gimeno y Pauli* (Valencia, 1886), la monografía incluyó un conjunto de estudios introductorios del propio López Piñero, y de Báguena Cervellera, Fresquet Febrer, Barona Vilar, Olagüe de Ros, Pardo Tomás, Salavert Fabiani, López Terrada, Micó Navarro y Roig Castelló<sup>3</sup>.

Influído por la historia total, López Piñero estuvo siempre abierto a la colaboración con



otras disciplinas. En 1991 se celebró en Valencia una reunión en la que intervinieron historiadores del Instituto valenciano y miembros del Departamento de Geografía Humana de la Universidad de Barcelona. Fruto de este encuentro fue la edición de las Actas bajo el nombre *Ciencia e Ideología en la ciudad* (2 volúmenes, Valencia, Generalitat Valenciana, 1992). En la primera ponencia de esta reunión se trató de *La Ciencia en la ciudad renacentista*, con estudios de López Piñero y colaboradores del Instituto. En otros apartados de este congreso también intervinieron historiadores de la ciencia y de la medicina vinculados al citado Instituto.

Durante los años en que Ernest Lluch se vinculó a la docencia en la Facultad de Económicas de la Universitat de València (1970-1986), trabajó una intensa relación López Piñero, con el que colaboró, entre otras empresas, en la organización del *Primer Congreso de Historia del País Valenciano* (1971). Cuando en 1982 Lluch fue nombrado Ministro de Sanidad en el primer gobierno socialista de Felipe González, López Piñero le expuso la conveniencia de editar una colección de textos antológicos sobre la historia de la salud pública en España. El resultado fue la *Colección de Textos Clá-*

*sicos Españoles de la Salud Pública* de la que, planificada en 30 volúmenes, sólo llegaron a editarse siete, más uno complementario que recogía una selección de textos sobre la historia de la medicina social preparado por Erna Lesky, catedrática de historia de la medicina de Viena. López Piñero fue autor además de dos de los libros de esta colección: *Los orígenes en España de los estudios sobre salud pública* (nº 1 de la serie, 1989, 245 pp.),

<sup>1</sup> Una nómina importante de médicos españoles dedicados a la salud pública puede encontrarse en el *Diccionario Histórico de la ciencia moderna en España*, que editó López Piñero en colaboración con Thomas F. Glick, Victor Navarro Brotóns y Eugenio Portela Marco (2 vols., Barcelona: Eds. Península; 1983).

<sup>2</sup> El testimonio de los médicos españoles del siglo XIX acerca de la sociedad de su tiempo. El proletariado industrial. En: López Piñero, José María; García Ballester, Luis; Faus Sevilla, Pilar (1964). *Medicina y Sociedad en la España del siglo XIX*. Madrid: pp. 107-208. Este libro contenía además los siguientes capítulos: López Piñero, José María. El saber médicos en la sociedad española del siglo XIX (pp. 33-107); García Ballester, Luis. El testimonio de la sociedad española del siglo XIX acerca del médico y de su actividad (pp. 209-283); Faus Sevilla, Pilar. Epidemias y sociedad en la España del siglo XIX. El cólera de 1885 en Valencia y la vacunación Ferrán (pp. 285-400).

<sup>3</sup> Fueron también volúmenes de esta colección a cargo del propio López Piñero el *Atlas Epidemiográfico del cólera, de 1885* de Philipp Hauser (1987, 18 mapas), *Clásicos médicos valencianos del siglo XVI* (n. 3, 1991) y XVII (n. 5, 1992); *Educación para la salud en los textos de enseñanza primaria (1940-1985)*, de Josefina Zabala (n. 2, 1990); y *La ciutat davant el contagi: Alacant i la grip de 1918-1919*, de Andreu Nolasco y colaboradores (n. 4, 1991).

en el que aborda significados textos de autores renacentistas y del movimiento *novator*, y M. Seoane<sup>4</sup>. *La introducción en España del sistema sanitario liberal (1791-1870)* (nº 12, 1984, 239 pp.). Otro texto de tema higienista editado por el Ministerio fuera de esta colección y que se editó 1991, tras el paso de Lluch por el Ministerio, fue el *Vanquete de nobles caballeros* (1530) de Luís Lobera de Ávila, en el que López Piñero trató ampliamente de la higiene individual en la España del Renacimiento<sup>5</sup>. Años después López Piñero volvería a interesarse por la higiene individual, participando en la edición del manuscrito del *Theatrum sanitatis* conservado en la Biblioteca Casanatense de Roma, del que fue autor el médico cristiano nacido en Bagdad Abul Hasan a-Mujtar Ibn Burlan (Barcelona, Manuel Moleiro Editor, 1999)<sup>6</sup>. A partir de su jubilación (1998) la historia de la salud pública siguió ocupando buena parte de las horas de trabajo de López Piñero, que se centró básicamente en ofrecer síntesis acerca de figuras nucleares de la historia de esta especialidad en el País Valenciano. A esta fase corresponde la antología *Clásicos Valencianos de la Salud Pública*, editada en 2003 por la Cátedra de Eméritos de la Comunidad Valenciana. A lo largo de sus casi doscientas páginas López Piñero se acercó a las figuras más significativas desde el siglo XVI hasta el primer tercio del XX. Gaspar Torrella, Luis Vives, Miguel Ángel Pascual y Miguel Gavaldá, de los siglos XVI y XVII, y del siglo XVIII Antonio José Cavanilles y Francisco Balmis con su expedición de propagación de la vacuna

por tierras americanas y extremo oriente. En el caso de Cavanilles se interesó por sus opiniones en relación con el cultivo de arroz y el paludismo, una temática que ya había sido estudiada profundamente en 1972 por Mariano y José Luis Peset<sup>7</sup>. De las dos siguientes centurias trata de las aportaciones de Juan Bautista Peset y Vidal, Jaime Ferrán y Clúa, José Monserrat, Pablo Colvée, Vicente Peset y Cervera, Amalio Gimeno, Francisco Moliner, Constantino Gómez Reig, Ramón Gómez Ferrer, Manuela Solís y Concepción Aleixandre, dos médicas valencianas con temprana dedicación a la salud pública<sup>8</sup>. Sobre Amalio Gimeno volvió en 2004 con motivo de su ingreso como académico de honor en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Murcia. Figura central en la medicina de laboratorio finisecular, aplicó sus conocimientos en esta vertiente a la salud pública. Gimeno identificó el vibrión colérico en Valencia en 1883, e hizo posible la venida a esa ciudad de Jaime Ferrán y Clúa, que propagó en el curso de la epidemia de 1885 su vacuna por Valencia y los pueblos limítrofes. Además, Gimeno también se preocupó por el paludismo, un mal endémico en amplias zonas de Valencia<sup>9</sup>. En el primer semestre de 2006 López Piñero inició una serie de artículos, bajo el rótulo común de *Clásicos de la Salud Pública en España*, en la *Revista Española de Salud Pública*. Por causas que desconozco en el otoño de ese año se interrumpió la publicación de estas notas, en las que abordó algunos de los personajes ya tratados en los *Clásicos Valencianos*<sup>10</sup>.

En los años noventa, cuando la continuidad del *Índice Médico Español* (1965) no estaba garantizada, y cuando algunas de las series programadas languidecían por falta de subvención, López Piñero comentaba con cierta sorna su sensación de fracaso personal a la hora de poner en marcha algunas de esas empresas, como la colección de *Clásicos de la Salud Pública* que he comentado anteriormente<sup>11</sup>. Pero no cabe ninguna duda que, a pesar de su interrupción en 1990, los volúmenes que vieron luz permitieron dar a conocer a un amplio número de médicos e interesados por estas cuestiones una parte importante de nuestro pasado histórico. Lo mismo habría que decir de su interés por la historia de la salud pública en Valencia. En colaboración con el Ayuntamiento de esa capital, por ejemplo, creó la serie *Clásicos Científicos Valencianos*, de la que se han editado doce volúmenes hasta 2010, algunos de los cuales se centraron en figuras o instituciones trascendentes en la historia de la salud pública valencianas<sup>12</sup>. A pesar de estas interrupciones no cabe duda que López Piñero ha hecho posible que todos, en general, tengamos un mejor conocimiento de la historia de la salud pública española.

Guillermo Olagüe de Ros  
Universidad de Granada

Consuelo; Fernández Doctor, Asunción; Martínez Vidal, Alvar (Eds) (1991). *Actas del IX Congreso Nacional de Historia de la Medicina*. Vol. 1, Zaragoza: Universidad; 1991, pp. 3-22).

<sup>5</sup> Los textos editados de esta colección son, además de los citados: Rodríguez Ocaña, Esteban. *La constitución de la disciplina social como disciplina en España (1882-1923)* (nº 30, Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo; 1987, 280 pp.); Molero Mesa, Jorge. *Estudios médicosociales sobre la tuberculosis en la España de la Restauración* (nº 25, 1987, 377 pp.); Rey González, Antonio M. *Estudios médico-sociales sobre marginados en la España del siglo XIX* (nº 17, 1990, 236 pp.); Carrillo, Juan M. *Juan Manuel de Aréjula (1755-1830). Estudios sobre la fiebre amarilla* (nº 8, 1986, 159 pp.); Fresquet Febrer, José Luis. *Francisco Méndez Álvaro (1806-1883) y las ideas sanitarias del liberalismo moderado* (nº 14, 1990, 212 pp.).

<sup>6</sup> La medicina como norma de la vida humana en el Galenismo y las "Tablas de Salud" de Ibn Butlan, *op. cit.*, págs. 47-87.

<sup>7</sup> Peset, Mariano, Peset, José Luis. Cultivo de arroz y paludismo en la Valencia del siglo XVIII. *Hispania*: 32, 277-375 (1972).

<sup>8</sup> Al siguiente año publicó en *Valencia Médica*, la revista del Colegio de Médicos de dicha ciudad, una breve nota sobre estas dos médicas: Manuel Solís y Concepción Aleixandre. Las primeras médicas valencianas y su dedicación a la salud pública (número 32, pp. 40-41).

<sup>9</sup> Amalio Gimeno (1850-1936): *adelantado de la medicina experimental en España. Discurso de recepción como académico de honor de... leído el 18 de noviembre de 2004. Laudatio por... Carlos Ferrándiz Araujo*. Murcia: Real Academia de Medicina y Cirugía de Murcia; 2004, 128 pp.

<sup>10</sup> Juan Bautista Juanini: Análisis químico de la contaminación del aire en Madrid (1679), 80 (2): 201-204; Francisco Galvaldá, adelantado en el estudio social y estadístico sobre la peste (1679), 80 (3), 279-281; Gaspar Casal: descripción ecológica de la pelagra, primera enfermedad carencial, 80 (4), 411-415; Los orígenes de los estudios sobre la salud pública en la España renacentista, 80 (5), 455-456.

<sup>11</sup> En esa nómina de proyectos inacabados habría que incluir también *Hispaniae Scientia (Plan de la Colección)*. Valencia: Artes Gráficas Soler; 1975). De esta empresa me consta la publicación de cuatro volúmenes: *Historia Natural y Moral de las Indias* de José de Acosta, prologado por Bárbara Bedall (1977); la memoria de oposición a cátedra de Santiago Ramón y Cajal, que contó con una introducción del propio López Piñero (1978); la *Obra de Agricultura*, de Gabriel Alonso de Herrera (Thomas F. Glick, 1979), y el *Libro del Nuevo Cometa*, de Jerónimo Muñoz, con un estudio previo de Víctor Navarro Brotóns (1981).

<sup>12</sup> En colaboración con Jorge Navarro Pérez publicó, por ejemplo, en 1994 *Los estudios de salud pública en la ciudad de Valencia, 1880-1900*. Constantino Gómez Reig, médico a quien se debe la creación del Cuerpo de Sanidad Municipal. Años después, en 2009, dio a luz *El Hospital des Ignoscents, follis e orats (1409-1512) y la medicina valenciana del siglo XVI*.

<sup>4</sup> En el Congreso Nacional de Historia de la Medicina celebrado en Zaragoza en 1989 expuso un adelanto de sus investigaciones sobre el periodo renacentista (Los orígenes de la salud pública en la España del siglo XVI. En: Bujosa i Homar, Francesc; Miqueo Miqueo,

## López Piñero y la historia de la medicina y de la ciencia en la España de los siglos XVI y XVII.

Cuando me decido a escribir estas líneas, siguiendo la amable invitación de Josep Lluís Barona, el libro *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII* está a punto de cumplir treinta y un años, puesto que, si mal no recuerdo, llegó a las librerías allá por octubre del año 1979. Sin embargo, mi contacto con el original de ese grueso volumen, que acabaría publicando la editorial Labor, en Barcelona, de forma un tanto abreviada (si puede usarse este adjetivo para un volumen de más de medio millar de páginas de apretada composición tipográfica), data de algún tiempo antes. Como uno más de los muchos privilegios que tuve gracias a la cercanía personal que López Piñero me concedió desde mis años de estudiante de bachillerato, mi primer contacto con el original de la obra debió ser en algún momento del curso 1976-1977, cuando María Luz López Terrada y yo, estudiantes de COU por entonces, fuimos encargados de repasar una a una las fichas de la bibliografía que cierra el libro y cotejarlas con las referencias internas que se hacían en el texto, especialmente en la densa introducción inicial.

Cinco años más tarde, a la hora de elegir un tema para mi tesis de licenciatura, López Piñero acudió a una página concreta de *Ciencia y técnica* y me señaló el párrafo del cual saldría no sólo esa tesina, sino mi tesis doctoral, defendida en 1986, y el li-

bro *Ciencia y censura*, escrito dos años más tarde y publicado en 1991, con un generoso prólogo de López Piñero. Por aquel entonces, mediados de los años ochenta, diversos compañeros del departamento de Valencia estábamos embarcados en el proyecto sobre materia médica americana que él dirigía con la agitación entusiasta que le caracterizaba. Una tarde, trabajando en su casa, volví a ver cómo a partir de otro pasaje específico de *Ciencia y técnica*, me proponía que dedicáramos nuestros esfuerzos conjuntamente al estudio de la obra de Francisco Hernández, empeño que se plasmaría, entre otras cosas, en dos monografías aparecidas en 1994 y 1996, como frutos aplazados de aquella obra.

Cuento todo esto para tratar de explicar que fui un lector un tanto especial de ese libro; y para justificar mi participación en este número homenaje de la revista *Medicina e Historia*, cuando quizá hay autoras más cualificadas o autores mejor clasificados que yo para hacerlo.

Pero también me decido a contarlos así porque, reflexionando sobre el papel que la obra de López Piñero ha jugado en los estudios históricos sobre la medicina y la ciencia españolas de los siglos XVI y XVII, pienso que mi caso no es tan especial, pues presenta algunos rasgos que pueden hacerlo extensible a lo que otras personas han experimentado —a lo largo de estos más de treinta años— a la hora de enfrentarse a la elección de un tema de investigación, a la hora de buscar cierta información de la que partir para desarrollarlo, o a la hora de proponer una modificación en la interpretación

de una cuestión historiográfica que atañe a ese período de la historia de la medicina y de la ciencia.

Por otro lado, bien pensado, todo lector es especial, porque su lectura es única. Uno de esos lectores especiales de *Ciencia y técnica*, qué duda cabe, fue el propio López Piñero, volviendo una y otra vez sobre algunos de los muchísimos personajes, períodos o temas que el libro abarcaba; yo tuve la suerte de poder hacerlo en su compañía durante algunos años, más tarde solo, o con Álgar Martínez Vidal, aunque casi siempre en diálogo, virtual o real, con su autor; ahora, a partir de ahora quiero decir, todos lo tendremos que hacer un poco más solos.

Sea como sea, ese libro de López Piñero ha tenido, sin ninguna duda, muchos miles de lectores a lo largo de sus más de treinta años de vida; y esa “comunidad de interpretación”, amplia y variada en el tiempo y en el espacio, ha construido con sus diferentes y plurales lecturas una obra densa y rica, a partir de un original, que ha jugado así un papel esencial para entender el desarrollo en nuestro país de la historia de la ciencia y de la medicina de la primera Edad Moderna.

En efecto, la ambición casi enciclopédica de *Ciencia y técnica* hizo bien pronto de él un libro de consulta, un libro de referencia obligada para muchos y diversos asuntos. Pero, sobre todo, lo convirtió en un libro al que acudir para buscar un posible desarrollo no explorado, un tema que necesitara de profundización o de un nuevo encuadre o, incluso, para arriesgar una nueva interpretación acerca del significado de la obra

o de la trayectoria de algún personaje o grupo de personajes. Creo que ahí radica la razón de la larga vigencia de la obra de López Piñero: haber sido capaz de convertirse, desde su publicación, en fuente inagotable de nuevas vías para explorar la historia de la medicina y de la ciencia de los reinos hispánicos a lo largo de los siglos XVI y XVII. Dos ejemplos bastarán para entender por qué sitúo este libro en esa posición, a mi modo de ver, única en la producción historiográfica española de las últimas cuatro décadas.

En el campo de la cosmografía, al arte de navegar y disciplinas afines, el panorama trazado en *Ciencia y Técnica* se basaba esencialmente en un estado de la cuestión que permanecía prácticamente inalterado desde los años cincuenta del siglo pasado. La asimilación de la producción anterior, pero sobre todo la inserción de lo que entonces se sabía en un cuadro más amplio, más complejo y rico de matices, cuidadosamente cuantificado y encuadrado en categorías socioeconómicas adecuadas para el análisis que López Piñero aplicaba, supuso un estímulo indudable para que otros autores captaran la necesidad de zambullirse en los archivos a la busca de nuevos materiales con que enriquecer un panorama que, como digo, se había quedado anquilosado desde hacía tres décadas.

Cualquiera que se asome ahora a la producción internacional sobre el tema de la cosmografía ibérica en el siglo XVI se dará cuenta del inmenso camino recorrido desde entonces y del papel que la aportación de López Piñero ha jugado, como estímulo



inicial para tantos estudiosos. Así, por ejemplo, ocurre con *Secret Science: Spanish Cosmography and the New World*, de Maria Portuondo, un libro excelente, publicado hace apenas un año; el panorama trazado por Portuondo es indisociable de una trayectoria historiográfica que se inicia en las páginas de *Ciencia y Técnica*, pasa por la densa y rica producción de Isabel Vicente Maroto, Mariano Esteban Piñero y Nicolás García Tapia, para saltar el océano y entrar de lleno en la literatura internacional circulante en lengua inglesa, con la citada obra de Portuondo, así como la de otros jóvenes autores (Antonio Barrera-Osorio, Daniela Bleichmar, Hen-

rique Leitao, Antonio Sánchez, etc.), a ambos lados del Atlántico. El segundo ejemplo que quisiera apuntar, muy brevemente también, se refiere a un campo de estudio bastante diferente: la medicina y los saberes biológicos afines en el tránsito de los siglos XVII y XVIII; o, si se prefiere, la medicina en el movimiento *novator*, una expresión acuñada por López Piñero bastantes años antes de la publicación de *Ciencia y Técnica* para dotar de unidad a una serie de obras y autores agrupados por el denominador común de una cierta “conciencia del atraso científico español”, a partir de la década de 1670-80. El interés hacia esas

obras, despertado en López Piñero —como él mismo explicaba una y otra vez— por los pioneros estudios de Vicente Peset Llorca, le llevó a estimular a otros estudiosos a desenterrar uno de los períodos peor tratados en la historiografía tradicional de la ciencia española y un episodio clave de la estéril —el adjetivo es del mismo López Piñero— “polémica de la ciencia española”; de esos primeros colegas estimulados a emprender la tarea destacan, por la proximidad y por lo temprano de su obra, Víctor Navarro Brotons y Eugenio Portela Marco quienes, en disciplinas distintas de la medicina, aplicaron la misma lente de aumento, a la busca de intentos de renovación similares a los de la medicina en el campo de la astronomía, las matemáticas, la filosofía natural o la química y las técnicas minero-metalúrgicas. Así pues, la visión de conjunto que López Piñero logró ofrecer a lo largo de diversos estudios, iniciados a principios de la década de los años sesenta del siglo pasado, está en la base del posterior desarrollo de muchos estudios dedicados al período. En mi opinión, la mejor prueba de la larga fecundidad de la obra de López Piñero en este segundo asunto que elijo como ejemplo, es que en los últimos cuatro años se han defendido dos tesis doctorales dedicadas a la medicina de quienes él consideró *novatores* tan conspicuos como Juan Bautista Juanini y Martín Martínez. La desaparición de López Piñero nos priva a todos de uno de los lectores más asiduos de su obra, nos sustrae para siempre sus insistentes requerimientos para rescatar temas

y asuntos aún no convenientemente tratados, nos deja un poco más solos para mirar el desarrollo futuro de interpretaciones o descubrimientos inesperados. Pero de lo que no me cabe duda alguna es de que los estudios históricos sobre la ciencia y la medicina en la monarquía hispánica de los siglos XVI y XVII escritos por López Piñero seguirán siendo revisitados por los estudiosos de estos temas aún durante mucho tiempo.

José Pardo Tomás  
 Institució Milà i Fontanals, CSIC,  
 Barcelona

